

# Salón Ambassador

Roberto Villar Blanco

Siempre he sido un tipo bastante ordenado, paciente, incluso obsesivo. Ellos, extremadamente sensibles, lo saben y supongo que es por eso que este año, el primero que paso aquí, pensaron que sería una buena idea que fuera yo quien organizara la convención.

No diré el nombre del hotel, porque puedo comprender que a la dirección del establecimiento no le parezca conveniente que se divulgue que allí tuvo lugar una reunión que llenaría de inquietud, e incluso desatado terror, a algunos de quienes lo supieran. Idénticos reparos me impiden hacer mención a la ciudad en que se halla el hotel. Aunque esta información, tal vez, pueda deducirse tras la lectura de este relato. En ese hotel cuyo nombre no diré, desde hace poco menos de un año, trabaja mi único hijo: Julio. Es una razón del tipo sentimental que, seguramente, ha influido en mi elección.

Había otras opciones más glamurosas, claro, de más y más relucientes estrellas que las escasas y percutidas tres con que cuenta éste. Pero pensando egoístamente en mí, y generosamente en los invitados, me decanté por la decadencia. Aun sabiendo que cada uno de ellos tendría un concepto diferente del término y todos matizarían y afinarían hasta olvidar ya de qué estaban hablando. Se trata de almas que disfrutan discutiendo acerca de cualquier cosa. A uno que piense que la eternidad es un lugar, otro refutará que es un estado, por poner un ejemplo. De estos intercambios suelen surgir enseñanzas, o, al menos, ingeniosidades que no se me olvidan. *La eternidad está bien, pero sólo por un rato*, le escuché decir a uno. La mayoría de ellos adora la decadencia, sea eso lo que no acaben de consensuar qué es.

No veo inconveniente en divulgar el nombre del salón en el que tuvo lugar el evento. Salón Ambassador. Muchos salones, de diferentes hoteles, en diferentes ciudades, se llaman Ambassador. Desconozco la razón de esta preferencia por Ambassador para nombrar salones de reuniones y convenciones. Supongo que por la misma difusa razón que hay muchos cines con el nombre de Deauville, o muchas panaderías que se llaman La espiga de oro. Y bares Manolo.

El caso es que fue en el Salón Ambassador donde tuvo lugar la reunión de fantasmas organizada por mí.

A pesar del carácter intrínsecamente volátil de los invitados, reunirlos no es una tarea especialmente compleja. La telequinesis, la teletransportación, su condición ectoplasmática e Internet, ayudan notablemente a simplificar la tarea.

Vinieron desde diferentes sitios. Algunos desde el propio barrio en el que está el hotel. Otros desde la otra punta del mundo. Aunque a todos ellos... A todos nosotros, quiero decir -después de cuarenta y cinco años de estar vivo uno tarda en habituarse a no estarlo- nos basta con *querer* trasladarnos a un sitio para presentarnos allí casi al momento, muchos nostálgicos prefieren viajar en medios de transporte que utilizaban cuando estaban con vida. Muchos, incluso prueban los que no tuvieron ocasión de utilizar por aquel entonces. Es notable la cantidad de espíritus que se agolpan en las diminutas dependencias de los cohetes espaciales, por ejemplo.

Hubo quien llegó al Salón Ambassador en tren de cercanías. Otro, en uno de lejanías. Alguno lo hizo en un barco fantasma –en concreto uno llamado Almanzora (curiosamente, a pesar de ser bautizado con ese nombre, pertenecía a una compañía inglesa)- que desde comienzos y hasta mediados del siglo XX hizo el trayecto Vigo-Buenos Aires, previo paso por Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Santos y Montevideo. Ida y vuelta. Llevaba emigrantes a América y traía mercancías y turistas pudientes a Europa. Un fantasma, empeñado en superar el miedo a volar, llegó a la ciudad en avión. Siguió pasándolo mal, como cuando era un ser vivo y le aterrorizaba morir en un accidente aéreo; durante el trayecto no consiguió serenarse ni tan siquiera teniendo la certeza de que ya no podía volver a morir.

A las nueve de la noche, mi hijo cerró con llave la puerta del Salón Ambassador. No lo utilizarían hasta mañana. A partir de las doce, comenzaron a llegar los invitados. Algunos nostálgicos hicieron el paripé de abrir la puerta; la mayoría entró al salón atravesando las paredes.

Quienes no se conocían no tardaron en intimar. Enseguida se generó en el ambiente silencioso y oscuro del salón el típico clima festivo que preside estos eventos. Las fantasmas, todo hay que decirlo, son quienes, de un modo evidente o sutil, se encargan de que ellos saquen a relucir su mejor actitud, la más pícara, o la más galante, o la más risueña.

A la una y media, un empleado del hotel entró a buscar una silla. La fiesta no se interrumpió, claro. Siguieron las risas, la música, los gritos: pasar desapercibido en el mundo de los vivos es algo que un alma descarnada –o doscientas cincuenta- hace sin esfuerzo alguno. La expresión *Nadie nota mi presencia* también se utiliza en este mundo. Aunque con otro sentido que el que le dábamos antaño, cuando no habíamos muerto aún.

A eso de las cuatro de la mañana una aparecida abrió la puerta desde el exterior del Salón Ambassador. Esperó en el vano a que todos reparáramos en su presencia. No tardamos en hacerlo. Progresivamente, conforme íbamos tomando contacto visual con ella, el silencio crecía. Hasta hacerse total. Los fantasmas –también *las*, pero la corrección política no ha llegado a invadir los usos, costumbres y relaciones en nuestra comunidad- creyeron que esa señora -vestida con un bonito vestido color violeta que resaltaba sus curvas; medias negras; zapatos de tacones; discreta cartera colgada de la corva del brazo; cabeza tocada por un discretísimo sombrero de cuyo frente caía una redecilla negra que le cubría los ojos y acababa exactamente antes del labio superior de su rojísima boca- era la Muerte. Es relativamente frecuente que ella irrumpa en estas reuniones. Supe enseguida, sin embargo, que esa señora no era la Muerte, sino mi padre.

Cuando yo tenía unos seis o siete años, durante la cena anual con la que en casa de mi madrina de bautizo celebrábamos el fin de un año y la llegada del siguiente, una señora, vestida exactamente igual que la que se presentó a la fiesta de fantasmas, llamó al timbre de la casa de la anfitriona. Fui corriendo a atender. Abrí la puerta y vi a la señora. Me preguntó por mi madrina. Corrí a avisarle y me quedé en el patio, donde estábamos todos reunidos. Enseguida oímos acercarse nuevamente al patio las carcajadas de mi madrina. Iba acompañada por la muy femenina señora de violeta. Enseguida todos sumaron sus risas, sus risotadas, sus miradas de descarada burla hacia mí. La señora era mi padre disfrazado –ahora se quitaba el tocado, se derrumbaba sobre una silla y sobre su logradísimo papel de mujer-, el vestido y demás complementos eran de mi madre. En aquella ocasión no reconocí a papá metido en el vestido de mamá. En la reunión de fantasmas no me cupo la menor duda de que era él.

Se acercó a mí, contoneándose al borde de la caricatura. Los espectros cercanos a ella la siguieron con la mirada. Pudieron entrever su rostro bajo la redecilla y ver que sólo llevaba un pendiente, detalle que

le daba, según pensaron algunos, un aire más mundano, más humano, que la bajaba del pedestal: también la Muerte era capaz de perder algo.

La “Muerte” y yo nos besamos. Hacía años que no nos veíamos. Charlamos y nos tratamos con la misma campechanía que cuando ambos vivíamos. El resto de los fantasmas nos miraba de reojo, sorprendidos por la confianza casi irrespetuosa con que la Muerte y yo nos desenvolvíamos.

La fiesta no tardó en volver a coger el punto que tenía antes de la entrada de la señora de violeta. Como suele ocurrir cada vez que se invita, los asistentes integraron la presencia de la Muerte en la convención, y aceptaron con naturalidad que ella y yo parecíamos parientes cercanos hablando de sus cosas. Ya me preguntarían de qué la conocía.

La fiesta acabó a eso de las seis de la mañana, hora exacta en que mi padre me dio un beso y se fue. Nadie quería irse antes que ella. No dije la verdad a los espíritus. Aseguré no entender el por qué de esa cercanía con que la Muerte me había tratado. Ellos se lo creyeron todo. Creo que la percepción que tenían de mí hasta entonces cambió. Algunos me miran ahora con cierta desconfianza; otros, con una especie de neblinoso respeto; hay quienes me han declarado una admiración sin ambages.

A las ocho de la mañana, cuando en el salón no quedaba fantasma alguno, ni había, se entiende, vestigios evidentes de la celebración con doscientos cincuenta participantes, mi hijo abrió la puerta. Entró junto a otros dos asistentes. Comenzaron a disponer sobre la moqueta anaranjada las sillas apiladas y pegadas a las paredes. Esa tarde habría una convención de dentistas. Humanos. En el rincón donde mi padre y yo habíamos hablado durante dos horas, mi hijo encontró un pendiente. Lo cogió con la intención de regalárselo a su novia –esa chica no le conviene, pero aún no está en condiciones de darse cuenta de ello-. Ella suele usar un solo pendiente, y este era bonito, tenía un aire un poco anticuado, con sus tres pequeñas piedrecillas color violeta –la del medio algo menos colorida que las otras dos- dispuestas verticalmente sobre un fondo como de óxido con abolengo.

Los miércoles, Julio va a comer a casa de su abuela: mi madre. La casa está a cinco minutos andando del hotel. Ella lo espera con la comida hecha. Tiene una hora antes de volver al trabajo. Tiempo más que suficiente.

Era miércoles.

Después del beso, mi hijo le mostró el pendiente a mi madre. La abuela se quedó petrificada durante un momento, con la sopera llena a medio camino de la hornalla a la mesa. Él se sorprendió ante la reacción. Iba a decirle que pensaba regalárselo a su novia, pero, por alguna razón que no tuvo tiempo de desentrañar, calló. Mamá dejó la sopera en la mesa y desapareció rumbo al dormitorio. Julio se sentó sin atreverse a hacer otra cosa más que sentarse. Acababa de instalarse en la casa un clima inédito. Miró el pendiente como si desde allí hubiera emanado esa nueva meteorología.

Mi madre entró nuevamente a la cocina. La suave sonrisa que traía tranquilizó a mi hijo, que siguió ahorrándose preguntas.

Mamá abrió su mano y mostró el pendiente de tres piedras color violeta dispuestas sobre un fondo como de óxido con abolengo. Mi hijo, a su vez, extendió su pendiente hasta casi tocar la mano de su abuela.

-¡Qué increíble casualidad! –dijo Julio.

Mamá negó suavemente con la cabeza.

-Creí que lo había perdido –dijo mi madre.

-¿Qué?

-Creí que había perdido para siempre el pendiente de la piedra descolorida. En su momento había dejado de ponérmelos por eso. Porque una de las piedras había perdido el color. Tu abuelo se disculpó por haberme comprado unos pendientes de bisutería. El muy tonto... Disculpase...

Julio armó a rápidos trompicones la historia en su cabeza.

Dejó el pendiente en la palma de la mano de su abuela, reuniendo a la pareja treinta años más tarde.

-No –dijo la abuela poniendo los pendientes en la palma de la mano de su nieto y cerrando los dedos sobre ellos-: regálaselos a esa novia que tienes.

Comieron en silencio.

Antes de volver al trabajo, mi hijo agradeció nuevamente a su abuela. En cuanto cerró la puerta, mi madre comenzó a llorar. Lloraba de alegría. Lo sé porque, como todos los días, yo estaba allí.